

A close-up photograph of a hammer lying on a concrete surface. The hammer's head is on the left, and its handle extends towards the right. The concrete is light-colored and shows several dark, irregular stains, possibly from oil or paint, scattered across the lower half of the image. The hammer's head is dark and appears to be made of steel or iron, with some rust or wear visible. The handle is a lighter, possibly wooden or composite material, and is partially visible on the left side of the frame. The overall scene suggests a construction or industrial setting.

# EL ARTE DE PERMANECER A OSCURAS

Dana Hart

Colocar membrana asfáltica es una tarea que requiere de mucha fuerza y paciencia. Primero hay que poner el alquitrán, que deja las manos manchadas de por vida, luego calentarlo con el soplete hasta que se derrita y finalmente colocarle la membrana, martillándola. Es un arte.

El resultado es un techo completamente impermeable, que tolera la humedad y las tormentas más extremas. No hay vientos ni mareas que puedan derribar la membrana asfáltica, que es prácticamente lo mismo que poner una carretera en el techo. Podría estacionarse un helicóptero o cualquier avión, sin problema alguno.

Víctor se había especializado en membranas, pero no era su única pasión. En cuanto se subía a los techos, comenzaba a sacarle fotografías a la gente que pasaba, desde distintos ángulos, a

veces medio metido entre las malezas, a veces a de arriba, a veces desde abajo. Pero no sacaba fotos por psicopatear o irrespetar la privacidad de nadie. No sacaba fotos a partes privadas, ni a escenas vergonzosas. Se imaginaba en cada foto, toda una vida, una casa, una historia.

Mientras se secaba el alquitrán y se adhería la membrana, miraba las fotografías, y escribía en su cuaderno, historias que creía ver a través de ellas. No sabía si las estaba inventando o si eran realidad. No sabía si tenía dotes de adivino, y podía prever los futuros de esas personas y visualizar sus vidas, o si las estaba inventando, como un literato silvestre, pues parafraseando a Clausewitz, la literatura es la continuación de la política por otros medios.

El verdadero “más allá”, es ese mundo de imágenes, en cual podía ser y decir, mover y

cambiar a su antojo. Estas son las fotografías que sacó y lo que escribió, con los dedos manchados, dejando caer las gotas negras y brillantes del alquitrán sobre su cuaderno, aprendiendo a ser invisible, a permanecer a oscuras:

## Palabras al Suelo



El viejo Joaquín camina dejando malas palabras tiradas en el suelo. Pisa como si no hubiese lavado nunca esos zapatos, ni esos pies.

Lleva los pantalones atados con cordeles, en las rodillas, en la cintura, y unas ramas que sujeta con el mismo cordón. Tiene siempre una bolsa roja, que nadie sabe qué contiene, pero la aprieta entre sus manos, como si fuese el objeto más preciado del mundo.

Hay quienes dicen que es lo único que le quedó de su vida pasada, de la persona que fue. El viejo Joaquín era un hombre respetado. Un militante trotskista que pasó a la clandestinidad durante la dictadura militar y estuvo camuflado, disfrazado de cualquier cosa, transeúnte, persona simple, público general, árbol, extra. Fue un extra durante todo el tiempo que necesario, hasta que se destapó y volvió a la acción. No se cansó nunca.

Dicen que organizó acciones varias. De esas de las que no se habla. Asaltos. Atracos. Motines. Mitines. Paradas de carro. Dicen que estuvo

involucrado en la muerte de un importante general, del que por supuesto, nadie sabe nada.

No se sabe cómo terminó, soltando garabatos al suelo y caminando con un puñado de palos.

Antes, estacionaba su cuerpo, frente al Café Haití, allá en la ciudad de Santiago. Allí se habían reunido durante años, a discutir de temas importantes, de actualidad, política y hasta de música y cultura general. Y cuando el tiempo de discusiones se había terminado, el viejo Joaquín siguió yendo al café, sin dinero para entrar, fue quedándose afuera. Hasta que ya no entró más, a ninguna parte.

No se le conoce novia, ni amigos. De la gente con la que solía reunirse, no queda nadie. El tiempo hace grande borrones y otorga, pocas cosas nuevas. El único recuerdo de un compañero que se le conoce, es al viejo Ramos, que se sentaba

siempre en el exacto mismo punto de la mesa, porque decía que una vez elegida la trinchera, ya no había forma de moverse.

Cuántas tarde-noches habrán pasado esos dos en un Café que no se dormía. Narrando anécdotas inventadas, mezcladas con ideas ciertas y el humo del tabaco que nunca se apagaba.

Uno tras otro fumaban cigarros, que se quemaban solos entre sus dedos, mientras sonaban palabras de la revolución rusa y el mundo bolchevique. Ahora se le caen los garabatos al suelo, y no los levanta. No los recoge porque es la única forma que le quedó de manifestarse.

Pide cajas de cigarros desde la puerta de los negocios, porque no se atreve a entrar. No entra a ninguna parte. Y las kiosqueras, empáticas, le tiran la cajetilla desde el mostrador, sin preguntarle nada.



No es el único. La historia se repite. Hay otros como él en Perú, como describió Vargas Llosa. En Argentina, como cantó Andrés Ciro Martínez. Y en todas, o en ninguna. La diferencia –por oposición, es que el viejo Joaquín, no se arrepiente, ni piensa que es demasiado tarde, no está escéptico, ni desmoralizado. No conoce el olvido. Sigue avanzando, en una dirección única, soltando palabras al suelo.

# Gobernar Huesos



No es una casualidad que los líderes de las sectas, hayan sido siempre hombres. Nunca mujeres. Hombres, bien parecidos, mayoritariamente atléticos, carismáticos, alcanzando la iluminación y el respeto. No es una casualidad. En una historia oligarcopatriarcal, no ha habido suicidios en masa, porque una mujer les prometió ascender a una vida extraterrestre, ni regímenes asesinos.

En la historia, no ha habido sectas dirigidas por mujeres, excepto una. Solo una. Mariané fue la líder de esa secta. Una mujer como cualquier otra, que aparenta ir al supermercado a comprar papas, pero vive la vida interna de los grandes dictadores.

Adoraba la sensación autoritaria de gobernar y ser obedecida por su pequeño séquito de ciento cincuenta. Les trataba, ciertamente, con el látigo. Esa era su única táctica. Buscando la lealtad y el

apoyo fiel, les pedía tareas imposibles, que no siempre se cumplían a cabalidad, pero cuando se cumplían, se llevaban su apoyo y aprobación. La cuestión más importante.

No obligaba a sus seguidores a comer y beber según sus mandatos, esas nimiedades son para varones burgueses, lo que ella hacía era gobernar sus huesos, sus espíritus, sus temples. Subordinarles, a tal nivel, que estaban dispuestos dar su vida por ella.

Como aquella vez, en la que les condujo a las orillas del mar, para bautizarles con las aguas cristalinas de los peces, y le pidió a Joel, que se lanzara a las algas, sin mirar las banderas rojas o los pozones submarinos. Joel no salió vivo a respirar de nuevo el aire. Y así probó su dignidad. La lealtad con la que la aconsejaba.

Nadie cuestionó aquel hecho y lo dejaron flotar, como un ejemplo. Mariané apretaba sus dedos y sus dientes, y se enojaba de sobremanera cuando algo no le gustaba. Era, tremendamente irritable. Le molestaba el ruido de las piedras crujiendo entre sí, y el sonido de las bocas salivando blanco. Ahuyentaba los movimientos de las piernas ajenas y con una sola mirada, era capaz de detener el tiempo y el espacio. Congelar las ánimas.

Se había ganado el respeto a hachazos. Esa era su técnica. La dominación absoluta. El griterío. Gustaba de levantar la voz hasta quedar afónica. Sus labios desaparecían en su boca, la mirada se le volvía atónita y la cachetes colorados del sofoco. Podían vérsese las venas procrear venas entre su frente y sesos. Nadie la quería de verdad. Solo le temían, y le respetaban.

Y el respeto era más importante que el amor. Solo que era un respeto ganado por el miedo. Hijo del terror. ¿Es eso respeto? Elevaba la voz, y hasta las palomas huían. Se apaciguaban. Nunca la atacó una bestia feroz. Ni un perro ensarnecido, ni un gato anaranjado que enloqueció producto de la genética. La fiera era ella. La peor fiera del ambiente que habitaba, esa esquina donde daba la vuelta con su bolsa, fingiendo comprar el pan.

Se ponía unos anteojos negros para el sol, cuya verdadera función era separarla del mundo. Protegerla. De ese mundo inmundo lleno de miseria, en nada parecido a su propia secta. Una secta hecha a su imagen y semejanza, con las venas rotas, de tanto gritar.

La mesa siempre estaba callada. No volaba una mosca. Hasta los insectos voladores le temían, al feroz repliegue de sus manos violentas. No es

común, en la historia del oligarcopatriarcado, que exista una mujer así. Siempre son hombres, siempre.

# Distinta Vocación





Cuando don Ernesto se enteró que todos sus dolores se debían a los problemas con su próstata, creyó que ya no podría seguir escribiendo. Iba a tener que detener la investigación aquella sobre las propiedades de las ortigas, para su escrito sobre el niño de las plantas.

No podía estar mucho tiempo sentado, ni de pie. Ni caminando, ni parado. Ni quieto, ni en movimiento. Todo le dolía. Desde la entrepierna, hasta el cráneo. Pero seguía pensando en las ortigas y el niño aquel, forjado sobre su imaginación.

El frío del invierno lo había obligado a ponerse una estufa eléctrica, que encendía y apagaba cada exactos veinte minutos. De esa forma regulaba la temperatura ambiente y al mismo tiempo, se ahorraba algo de la cuenta de la luz. Bien le

hubiera venido un temporizador. Pero nada sabía don Ernesto de esas últimas tecnologías.

Si tomaba agua, le dolía. Sino tomaba agua, le dolía también. El té, el café, el agua fría o el agua hirviente. Todo le dolía.

A los pocos días de pensar que no podría volver a escribir debido a su dolor, se sentó en su escritorio marrón marchito y escribió su última historia, una de despedida. Una historia sobre un hombre, llamado Víctor, que se subía a los techos para colocar membrana asfáltica con gran arte y habilidad, pero con una vocación distinta.

[WWW.DANAHARTESTRITORA.COM](http://WWW.DANAHARTESTRITORA.COM)

